

# "El Goyo"

Gregorio Fassler

¿Quién eras? Te busco en las palabras de los que te conocieron. Ando por algunas de tus calles. Alcanzo a saber de tu hijo y de tus padres. De cómo fuiste bailando tu libertad de siete alientos.

Rodrigo Hidalgo

Me permito esta cercanía tal vez porque nací bajo tus mismos signos. Dragón ariano. Pero esto lo sé ahora. Y cuando parto positivista tras tu origen, Gregorio Fassler Cohen, pronto sé que necesitaré más que racionalismo.

Hijo de Enrique Fassler y de Aida Cohen, descendiente directo de los inventores del cine en la Norteamérica de medio siglo. Ve la luz de Santiago en 1951. Pasa por el Liceo de Aplicación y luego brevemente por la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile. Llega entonces a la danza.

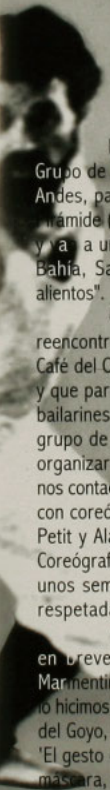
Luz Marmentini bailaba a veces contigo. Nos encontramos en un café del barrio Bellavista para hablar de ti. Yo pregunto, ella responde. La memoria es frágil. La oigo evocándote: "Tengo la imagen del Goyo en época de conservatorio, cuando vino Valukin, el maestro ruso, y éramos un grupo de unas 8 a 10 mujeres, las "valukinas", y nos dieron duro en toda la formación clásica rusa. Nos metió toda la escuela completa del Bolshoi. Esto era el año 69', y Valukin trabajó con hombres también. Me acuerdo perfectamente del Goyo con su trajecito, con su polera y short, porque exigían un uniforme".

La bailarina y coreógrafa uruguaya Graciela Figueroa visitó Chile en los años 70'. Ella convenció al joven Gregorio Fassler para que se dedicara a la danza. Goyo absorbió su minimalismo de secuencias repetitivas y lo desarrolló produciendo un nuevo lenguaje. El código propio. Aquello que se presenta sólo en el creador honesto, auténtico, libre. Todo lo que fue recogiendo en el camino alimentó su estilo, su cuento, su mundo.

Fassler se fue a Nueva York en 1974 y aprendió los movimientos etéreos, expansivos, de amplios saltos de Merce Cunningham. Luego volvió a Uruguay y estuvo con Ingerborg Bayertal, la iniciadora de la gimnasia consciente. En 1976 regresó a Chile.

Miguel Ángel González te conoció entonces, cuando fundaste tu propio grupo de danza, el Estudio 17.

Siete jóvenes que se trasladaban de Vidaurre a Plaza Bulnes persiguiendo sala. Sara Vial, Bororo, el grupo Quilín de jazz, todo un núcleo de artistas circulaban alrededor, en ese gitanismo underground. Eras más que un amigo, un hermano para Miguel. Me lo dice aunque ya lo había notado. Mientras me cuenta de ti, tu hijo toma clases de cerámica en el segundo piso: "Una vez queríamos hacer un montaje sobre vidrio molido. Eramos considerados medio ovejas negras dentro de la estructura académica. Y lo hicimos. Practicamos hasta que caminamos sobre el vidrio sin hacernos daño. Había que meter los pies al barro. En eso el Goyo era muy claro."



Entre 1976 y 1980 vinieron muchos montajes, como Estudio 17 y como Grupo de Danza del Centro. En el Teatro La Comedia y en el Centro Cultural Los Andes, para la inauguración del Edificio de los Dos Caracoles y para la de La Pirámide (Providencia con Thayer Ojeda). En 1980 Graciela Figueroa los auspició y viajó a un Festival en Río de Janeiro, a la Universidad de Botafogo. Pasan por Bahía, Salvador, Sao Paulo, Brasilia. Presentan la coreografía "Los siete alientos".

Cuenta Luz que te quedaste pegado en Brasil, cómo no. Que se vino a reencontrarte contigo por el 85', cuando ella arrendó una sala en Bellavista, en el Café del Cerro. Que bautizaste el lugar como el Salón de la Danza Independiente y que participaste en los Encuentros Coreográficos como jurado/profesor de los bailarines autodidactas que llegaban ansiosos de un espacio. "Convergemos un grupo de gente, y la idea era respetarse el cuento creativo de cada uno, pero organizar cosas. Se invitó a hacer un curso de verano a la Joan Turner, después nos contactamos con el Instituto Cultural Francés y el de Italia. Vinieron intercambios con coreógrafos franceses, se hicieron montajes de primer nivel con Dominique Petit y Alain Carriér, y tuvimos la oportunidad de trabajar con Eugenio Barba. Coreógrafos y directores de teatro, bailarines y actores, trabajamos con Barba en unos seminarios maravillosos, donde la palabra del Goyo era increíblemente respetada, porque él también escuchaba con mucho respeto y humildad".

Miguel me presta un recorte de diario que fotocopiamos. Te leo. Explicas en breves párrafos en qué consiste "Los siete alientos". Y vuelvo a Luz Marrentini: "Me acuerdo de un seminario que queríamos hacer en enero y al final lo hicimos en dos semanas, condensado. Toda la inteligencia mezclada con el talento del Goyo, para definirlo como estructura, como teoría, como seminario. Se llamó 'El gesto detrás de la máscara'. Era ayudar a los alumnos a desentenderse de la máscara, porque la creación es mostrar todo lo que a uno le pasa. Y tenía clases teóricas, prácticas, trabajos con fraseos. La estructura escrita era extraordinariamente clara. Ahí aparecía la inteligencia del Goyo, que no siempre está en la gente de danza, que es más intuitiva, no siempre hay esa claridad teórica, hay mucho músculo también".

Características a grosso modo reconocibles en el estilo Fassler: estructuras de montaje cinematográfico (la danza como lectura). Juego cabalístico con los números (capicúas, por ejemplo). Trabajo colectivo en la etapa creativa. Y mucho Yoga. Cuadros, fraseos y obras completas marcados por la combinación de estos elementos. Caleidoscopio.

Entonces me retraigo, limitrofe en la danza, mudo testigo de tu dominio. Hay que tener amplia el alma y el cuerpo para abarcar tu cuento creativo. Porque estabas fusionado con todo. Urdido el arte y la vida. Todo apunta para allá. Al perfil donde coinciden los genios. Observador asertivo, de una gran inteligencia analítica incorporada al talento corporal, humilde y dulce, bondadoso y fraterno. Los adjetivos que te aluden se repiten. Un hombre íntegro, pero más que eso. Un ser Libre. Hay un lugar que no he visto. Aunque tal vez ahora, y precisamente porque escribo esto, deba ir a aislarlo. Tu última residencia en calle Gutenberg. Donde llegaban tus profesores y alumnos, amigos todos, para compartirte a ti, tu modo de regar plantas y de relacionarte con tu hijo. Para compartir tu danza vital. Miguel dice que lo lograste. Que debiste luchar contra esa burocracia nacional, contra esa represión de las carnes, contra el oscurantismo. Que tu obra "El cuarto emocional" se estrenó en el Teatro Municipal en el marco de un Encuentro de Coreógrafos Independientes. Y que rompiste los lenguajes cotidianos desde tres niveles escenográficos, incorporando la gama de emociones humanas desde personajes teatrales, para decir que siempre hay un poco más, un modo nuevo de decirlo todo. Como cuando poco después gritaste en silencio tu propia muerte, de Sida, con apenas 46 años.